



EL MUNDIAL QUE NO JUGAMOS

ANTOLOGÍA DE CUENTOS SOBRE FUTBOL

EL MUNDIAL QUE NO JUGAMOS

El Mundial que no Jugamos.

Antología de cuentos sobre futbol

© Letras Insomnes 2026

Idea de portada: Efraím Blanco.

Fotografías: @aaronwalls

Editorial Letras Insomnes

ÍNDICE

primer tiempo

¡Prólogo: letras y futbol 09
Xalbador García
(D.T.)

¡AAARRANCA, EL PARTIDO! 13
Aldo Matus
(Volante Derecho)

UNA CASCARITA DE OTRO MUNDO 15
Efraím Blanco
(Volante de Creación)

EL MUNDIAL SIN ELLA 18
Don Roberto
(Mediocentro Organizador)

EL COMPLEMENTO 23
Alex Gracia
(Lateral Izquierdo)

LA MANO DE DIOS... ¿O DE UNA DIOSA? 25
Álex Long Yuntao (Preparador Físico)

DELIRIO DE UN OCASO 34
Carlos F. Ortiz (Falso Nueve)

LA FIESTA DE LOS DIOSES 35
Roberto Carlos Garnica
(Mediocentro Defensivo)

ÍNDICE

segundo tiempo

TODOS LLEGAMOS 42
Rafa Alvazález
(Centro Delantero)

CAMPEONES 46
Guadalupe Pana Rangel
(Defensa Central)

LOS GOLES DEL ATLÉTICO CASCARITAS 49
Josefina Fabregat
(Volante Carril Derecho)

MINUTO FINAL 54
Eduardo Omar Honey
(Directivo de Pantalón Largo)

YO TAMBIÉN QUIERO SOÑAR 55
Emmanuel Lagunes
(Pivote de Contención)

PINCHES MUNDIALES 57
Miguel A. García
(Cancerbero)

ENCUENTROS 62
Eduardo Omar Honey
(Directivo de Pantalón Largo)



PRIMER TIEMPO

Prólogo: letras y futbol

Por Xalbador García

Como lo acabamos de vivir en el Mundial 2026, donde México fue una de las sedes, el futbol se trata de diversos temas, de múltiples acciones, de un sinfín de experiencias, y en ocasiones las menos, por suerte, el futbol también se trata de un acontecimiento deportivo. Nacido desde la nostalgia por nuestros abuelos homínidos y su asombrosa agilidad con los pies, el futbol encarna las proezas míticas, las historias dignas de recordarse, los hechos que deben ser contados de generación en generación. Palabra y futbol componen así uno de los binomios más ricos de nuestra mítica posmoderna.

Si todo un país puede volcarse a las calles, a los trabajos, a la vida, bajo el emblemático canto mántrico de “y si sí”, no es sorprendente que las y los escritores mexicanos se inclinen por el mismo fenómeno. Desde múltiples trincheras, el presente volumen, titulado *El mundial que no jugamos*, reúne a 13 plumas que toman al futbol como motivo para desentrañar las pasiones, los dolores y las alegrías humanas. Ya sea como viajes mortuorios o declaraciones de amor, relaciones sangrantes o épicas infantiles, existencias en estadios o duelos

teológicos, los cuentos de las siguientes páginas se revelan en dos aristas que hallan eco en la tradición mexicana.

La primera es su apuesta disruptiva. Más allá de las diatribas (cada vez más arcaicas y desabridas) que cada cuatro años lanza Juan Villoro, las letras nacionales carecen de una esencia futbolera. Como lo recordaba con tanta amargura el atlantista Emilio Carballido, la intelligentsia mexicana posiblemente ama al futbol en secreto y lo desprecia en público. Desprecio ligado al ninguneo táctica preferida de nuestro mundo intelectual al deporte, haciéndolo un tema sin envergadura ni en libros, ni en revistas.

A finales del siglo pasado y a principios del presente el panorama parece haber cambiado un poco. Varios escritores de renombre, como Eusebio Ruvalcaba, Xorge del Campo, Pedro Ángel Palau por nombrar algunos, así como la antología *Breve historia del ya mérito* (Sexto piso, 2018), que reúne a 14 escritoras y escritores recientes, muestran una nueva relación entre la literatura nacional y el futbol. Pero pese a los ejemplos, aún falta ahondar en ese nexo implícito de la cultura nacional. Sólo basta con mirar las fotografías, las dinámicas, las muestras artísticas, la experiencia vital en tierras nacionales durante el pasado Mundial para constatarlo. Más allá de los estadios, el futbol en México se juega en la gastronomía, en el arte, en el folclor, en la música... por lo que nuestras letras parecen yermas al momento de buscar mitologías literarias sobre el futbol.

La segunda de las aristas que permea desde *El mundial que no jugamos* es la apropiación del universo futbol. Nada puede quedar fuera para quienes entienden del juego de la pelotita, porque

implícitamente se trata del juego de la vida misma. La ciencia ficción está presente en los cuentos pero también la nostalgia por la niñez perdida, los sueños de un amor imposible pero también la necesidad de reconciliarse con el padre, las llagas de los años perdidos pero también el compromiso de tirar un penalti que termine en gol. Para quienes amamos el futbol, sabemos que este amor va ligado a la pasión implícita que conlleva la existencia humana.

En las siguientes páginas, se colocan los tachones con sus mejores armar literarias Guadalupe Pana Rangel, Josefina Fabregat, Rafa Alvazález, Carlos F. Ortiz, Don Roberto, Efraím Blanco, Alex Gracia, Emmanuel Lagunes, Aldo Matus, Roberto Carlos Garnica, Miguel A. García, Álex Long Yuntao y Eduardo Omar Honey. Entre cuentos y microcuentos, ficciones que coquetean con la crónica y la memoria, y textos que cabalgan sin empacho alguno por las postales literarias, los relatos hacen del futbol una mirada privilegiada para entender la vida.

La riqueza de la propuesta en la antología El mundial que no jugamos justo se decanta en el sentido metafórico del juego. Es imposible disputar este partido existencial en el que todos participamos sin haber errado tiros fáciles, como tampoco por lo menos haber cantado y gritado un par de goles. Como señalaba el clásico: hasta el último minuto tiene 60 segundos y, mientras tengamos la fortuna de salir al campo cada mañana, la jugada más importante siempre será la próxima, la que está por venir.

Literatura y futbol en una eterna comunión que nos ofrecen los siguientes cuentos...



¡AAARRANCA, EL PARTIDO!

Por Aldo Matus

Es la primera vez que el equipo visitante juega en esta sede. Todo el cuerpo técnico está frente, 35 personas en total sin contar a los jugadores y el cuerpo arbitral.

La emoción se desborda en las gradas. La afición mantiene una energía hipnotizante que reaviva a los propios extranjeros.

Los cantos se cuelan en los tímpanos y erizan la piel.

El olor a victoria se puede saborear en ambos bandos.

La instrucción del DT local fue directa.

"Marcaje personal. No dejen que se muevan".

El balón va y viene entre pies, piernas, cabeza y pecho de jugadores.

El humor a adrenalina se respira por todo el campo.

Hay uno que todavía no tiene marcaje.

El portero local.

Toma una decisión repentina. Sabe que tendrá que sacrificar la red que protege y poner en ventaja al visitante.

Minuto 16. El cancerbero levanta la mano. Todos lo entienden.

La jugada corre y delantero visitante revienta la red con euforia.

El portero baja la mirada en actitud de derrota y deja que el delantero entre a la red para recoger el símbolo de su poder.

Algo vuela en el aire y la afición se une en un grito frenético y agudo.

El cuerpo del delantero cae a césped con el balón aún en las manos.

Los tambores suenan.

Todo el equipo está en la posición ordenada por el DT local.

La afición canta.

Los visitantes no serán suficientes para alimentar a 20 mil bocas hambrientas.

Habrà que desmembrarlos poco a poco.

UNA CASCARITA DE OTRO MUNDO

Por Efraím Blanco

*"No soy más que un mendigo del buen fútbol.
Voy por el mundo, sombrero en mano,
suplicando una linda jugadita por el amor de Dios."*
— Eduardo Galeano

Muy buenas tardes, amigas y amigos del deporte. Transmitimos completamente en vivo desde la calle Rubén Darío, cerquita de la iglesia de la colonia Carolina, donde está por comenzar la gran final del Torneo Callejero del Siglo. Dos piedras forman la portería, un Tsuru amarillo marca la banda derecha y los vecinos ocupan ya las mejores localidades. Todo listo para que ruede el balón.

¡Arranca el partido! El Güero toca para Batata, Batata abre con Frank, el Porky reclama una mano inexistente y Dani ya se empuja con Ramsés aunque apenas van unos segundos. ¡Cuidado! Pasa un coche y todos gritan "¡carro!", esperan disciplinadamente a que cruce la cancha y el juego continúa exactamente donde se quedó. Don Virgilio levanta la vista de la máquina de coser para amenazar con cobrar el próximo vidrio roto; doña Soco vigila el balón desde el

puesto de tacos; los Morelotes esperan sentados en el zaguán el inevitable balonazo y el Oso hace de árbitro con solo cruzarse de brazos.

¡Atención! El Güero mete un pase largo, Frank se barre y la pelota sale disparada... pero una luz inmensa cubre de pronto toda la calle. ¡Qué es eso! Las cámaras pierden la señal. Hay interferencia... ¡regresamos! ¡Señoras y señores, donde estaba el equipo rival ahora aparecen once hombrecillos grises con uniformes plateados! ¡Son visitantes de otro mundo! El capitán levanta un aparato brillante y la traducción es contundente: "Si la humanidad pierde este partido, la Tierra será conquistada."

¡Juegue! ¡Juegue! Dice el de negro. Pues se va a jugar.

Los extraterrestres tocan el balón sin mover los pies; lo desvían con la mente y flotan sobre el pavimento. ¡Eso no está permitido por la FIFA! El Güero responde con un patadón en la espinilla al número diez alienígena. ¡Sin llorar! Frank roba el balón, pero un rayo láser convierte en polvo una de las porterías. Batata coloca otra piedra en su lugar y el encuentro sigue. Ramsés saca una resortera del bolsillo y le acomoda un disparo entre los ojos al mediocampista gris. ¡Qué recurso táctico! Doña Soco invade la cancha con una cubeta de agua de jamaica que hace echar humo a tres extraterrestres, mientras los Morelotes bloquean un disparo simplemente sentándose frente a la portería.

Minuto noventa. Empate a cuatro. ¡Esto no se acaba hasta que se acaba! La humanidad depende de una sola jugada. El Güero roba la pelota, deja atrás a dos marcianos y levanta el centro. Los

[illegible]

—Volveremos...

17

Por Don Roberto

Seguramente veríamos la mayoría de los partidos después que ella regresara del trabajo, con nuestra playera oficial, en una pantalla grande, en un sillón acogedor, con bebidas y botanas que ella preparara.

Dos perros y un gato nos harían compañía.

No es que fuéramos pamboleros, pero a ella le gustaba estar en todas las actividades multitudinarias y en celebraciones populares.

Era una mujer sana, optimista, muy inteligente, cariñosa y bellísima.

Le escribo de vez en cuando. Alguna frase (sobre una) película o escena, fotografía. Yo conocía muy bien lo que le gustaba o le daba placer o le molestaba o le dolía.

“Mira esta foto. Es del puente. Pareces una muchacha italiana”.

En respuesta, me mandaba un emoticón de un dedo levantado.

En una imagen de la subida al cerro del Tepozteco está ella, de pie, en dos escalones, recargada en una enorme roca. Lleva una blusa ligera de algodón con escote, pantalón de mezclilla y botas, una pequeña bolsa que le colgaba al hombro. Allí luce su piel morena clara, pelo corto azabache, grandes ojos negros, sus labios regulares, carnosos y muy rojos, dientes blanquísimos, senos medianos y duros; su cuerpo delgado, con algo de grasa en el abdomen y la cintura, piernas delgadas y fuertes, nalgas firmes.

En las fotos de ese día sudaba y se le formaba un rubor en (las mejillas) los cachetes.

“Mira, en el Tepozteco”, le mandé dos imágenes.

Ella respondió con un emoticón de sorpresa.

Varias veces le envié poemas o relatos cortos recién acabados que me parecía tenían algo mágico que a ella le gustaba, y la respuesta siempre era una imagen o una palabra: “¡Qué chido!”

Ya no esperaba que, a partir del texto se soltara una conversación larga, como las que sosteníamos cuando nos estábamos conociendo y que acababan en la madrugada, con un “Que descanses, fue muy lindo charlar contigo”.

Llevábamos ya más de un año. Ella venía a la ciudad y yo iba a su pueblo.

Siempre que deseaba algo se acercaba, me abrazaba y besaba, luego me susurraba:

“Quiero que me des un gusto, pero no digas que no. No sólo es lo que vas a dar, sino que tú y nadie más lo puede dar”.

Entonces me decía al oído lo que quería.

Una vez pidió que le leyera un texto de Juan Rulfo que le gustaba mucho, pero que yo lo leyera como cuando iba a leer para un gran público: vestido y calzado en forma.

También me pedía, con la misma amabilidad, que le comprara alguna joya de plata o que la llevara a comer a algún restaurante o a tomar café.

Íbamos al cine, a una exposición o presentación y nuestra plática giraba en lo que habíamos visto o escuchado. Me gustaba mucho la pasión con la que platicaba; me volvía a mis épocas de profesor, cuando mis alumnas me pedían que me quedara para que me leyeran sus textos y les diera mi opinión.

“Esa observación es muy fina, es algo muy similar a lo que propone fulano de tal en tal libro”, apuntaba, y ella se ponía feliz.

Leí todo lo que le sugería y, además, me lo reseñaba y daba su punto de vista. Me hacía preguntas muy puntuales sobre algún creador en particular y esperaba con mucha atención mis respuestas, cuando no le convencían, me advertía que no le contestara lo que ella esperaba, sino lo que yo, en verdad, pensaba.

De regreso a casa en auto o en taxi y me abrazaba. De manera discreta, tomaba mi mano, se subía la falda, ponía mis dedos en sus pantaletas y me besaba.

Todas las muestras de agradecimiento terminaban en una cogida memorable.

Nos unía el cine, la literatura, la pintura, el amor por los perros, el humor, me encantaba su olor a selva y río, su boca, sus labios, su lengua, su garganta, su esfínter amaestrado, su vagina de océano. Ella había sido esposa de un escultor que murió de cáncer, mi esposa también había fallecido de cáncer.

Muchas veces platicamos la conveniencia de que se cambiara a mi casa. preguntó sobre los trámites y las escuelas en donde podía trabajar en el sistema educativo del gobierno.

Una vez le dije que teníamos que pensar muy bien en hacer una vida juntos. Yo no tenía derecho a sacarla de su pueblo y que viviera conmigo en la ciudad, porque allá estaban sus padres, sus hermanos, su familiares y amigos. Que si esto no funcionaba no me perdonaría que ella regresara derrotada, que yo tenía una promesa en la ciudad que no había cumplido y no podía viajar. Además, quería tener familia conmigo y yo no estaba muy seguro de quererlo. Se enojó mucho y me reclamó, me dijo que no había nada que pensar, que yo era un cobarde y que con dudas no se podía construir nada.

Dejarme, fue lo mejor que pudo haber hecho. Se ahorró frustraciones, mucho sufrimiento.

Al principio sentí que me liberé de un compromiso que no quería, pero conforme fue pasando el tiempo comencé a extrañarla y desesperarme. Me hacía mucha falta. Su voz, su piel, sus caricias, su sexo. Tenía todo con ella y, de repente, estaba más solo que un perro viejo abandonado.

En un texto de disculpas le decía que cuando me muriera, uno de mis pensamientos últimos sería para ella. A mí me pareció un párrafo muy sincero y emotivo, ella ni contestó el mensaje.

También le pedí perdón por la vez aquella en que le íbamos a salir al centro y se puso un short pequeño que se le arrugaba. Bien me pude callar, pero le dije: “Ponte otra cosa, ese short se te ve muy mal”. Ella se cambió con gesto de evidente enojo, y aunque anduvo molesta unos minutos, cuando salimos a la calle me dio un beso y me abrazó. Me sentí el más culero de los culeros.

“No sé si esto que te voy a decir te va a ofender, pero nadie en mi maldita vida me había dado las mamadas que tú me diste. Ni a nadie le metí con tanta pasión y gusto la verga por el culo. ¡Cómo te extraño!”, le confesé, esperando que me bloqueara.

“Lo sé, lo sé, me contestó”.

Me vale diez toneladas de verga quién gane el mundial. Laura ya no está conmigo.

EL COMPLEMENTO

Por Alexander Gracia

Cuando Melina escucha la palabra complemento, inmediatamente piensa en las porciones de arroz, frijoles o spaghetti que acompañarán su comida. Sin embargo, el tono que emplea el narrador —que habla por la TV— al decir: «Será dramático el complemento», la remite a algo mucho más importante.

Rangel y Valverde están eufóricos. Les gritan al resto de sus compañeros que vuelvan, que la segunda parte ya comenzó. El marcador es 1 a 1. No imaginaba que un simple permiso de RH para llevar la playera de la selección y transmitir el partido durante la jornada laboral fuera a transformar así el ambiente.

Ella nunca había disfrutado el fútbol. Le parecía un sinsentido ver a deportistas llevar su cuerpo al límite mientras permanecía sentada e inmóvil. Sin embargo, había algo especial esa tarde en el comedor. Experimentaba una dicha intensa al ver a sus compañeros de trabajo tan inmersos en el juego. Don Gerardo, el conserje, seguía trapeando el mismo punto desde hacía ya varios minutos; la cocinera

servía con el cucharón sin mirar y, a veces, terminaba por no echar nada en los platos. Jugada a jugada, las emociones de todos eran compatibles, y esa clase de sensación la hacía experimentar una felicidad extraordinaria.

Fue una lástima que el complemento, lejos de ser dramático, terminara en tragedia con el segundo, tercero y cuarto gol del rival. Mientras todos abandonaban el comedor y el ritmo cotidiano de la vida recuperaba su lugar, Melina no pudo evitar soltar un largo resoplido. Esa derrota le había dolido.

LA MANO DE DIOS... ¿O DE UNA DIOSA?

Por Álex Long Yuntao

¡Gran jugada de Sánchez! Va a buscar a Santi. ¡Atención con la contra!
¡Santi arranca, se acerca. Ahí viene el número cinco. Recibe el esférico en el aire, se lanza con todo. Corre a toda velocidad, burla al defensa; gritó a todo pulmón Santi. El puntapié del menor hizo volar el balón por los aires con toda la fuerza que el odio podía encarnar. La pelota colisionó con la frente de Andrés para luego rebotar y caer sobre la mesita de té, las muñecas de plástico y el castillo de arena con los que, minutos antes, jugaban él y Aidé, la única amiga que Andrés tenía en la primaria. La niña saltó del susto. Luego, se comenzó a llorar. Andrés puso la palma de su mano derecha sobre el golpe. Se sobó. La fuerza de las punzadas sobre las sienes las hacía bailar al compás de la tambora que solía visitar el pueblo cada fiesta del santo patrono. ¿Qué? ¿Ya vas a llorar como la niñita que eres?, preguntó Santi en tono de mofa. Andrés no contestó. El dolor era tan intenso que sentía que en cualquier momento se le reventaría el cráneo o el globo ocular derecho se le saldría. Por un instante, el silencio gobernó la cancha. Otros niños, que solían acompañar a Santi, se acercaron. ¡Aguántate! ¡No seas

niña! ¡Eres un chillón! ¡Deberías de ser bueno para jugar al fútbol y no a las muñecas con las niñas!, le gritaba la pandilla de Santi.

El niño seguía sentado en el piso. *Bzzz, bzzz, bzzz*, le zumbaba una colmena completa que se había instalado en su cabeza. Quería llorar, pero se guardó las lágrimas junto al honor. No les daría la oportunidad de verlo mal. Andrés se levantó con dificultad. El rostro de Aidé era un lienzo en el que el miedo se había incrustado. La niña le preguntó si se sentía bien. Andrés no respondió. Se puso de pie y caminó hasta su casa con la mano sobre la frente. El coro de niños cantaba burlas que se le clavaban a Andrés cual si fueran dardos o flechas. No volteó. Siguió sin hacerles caso. Caminó a casa. Una fría brisa corrió a abrazarlo con un cortina de polvo y tierra. Las flores y hierbas vibraban bajo la regia cadencia del viento. Andrés sintió un escalofrío. Aceleró el paso hasta llegar a su hogar pero se quebró antes.

Su madre y él fueron al doctor. Ese día estuvieron de suerte. Era poco común encontrar un médico en el Centro de Salud del pueblo, un espacio olvidado por las autoridades. *¡Ay, chamaco! No tenemos dinero y todavía te enfermas. Estás viendo que apenas y tenemos para comer y que tu papá lleva semanas sin mandarnos ni un quinto;* expresó doña Nancy llena de congoja. Después del proceso de curación, una momia salió de la consulta. El niño portaba un vendaje denso sobre el rostro. Le cubría la frente y el ojo afectado.

A la hora de la cena, el sermón de doña Nancy fue el aperitivo que abrió. Andrés, por vergüenza, nunca mencionó lo ocurrido en el

deportivo. Sabía que su madre le llamaría la atención por no haberse defendido. Tampoco quería traer a la mesa las palabrejas con las que lo habían lapidado Santi y la bola de abusivos que lo escoltaban. Al terminar de cenar, arrastró los pies hasta su cuarto. Se recostó con el alma fragmentada, como él imaginaba que traía el hueso de la frente. Los manantiales que brotaban de sus ojos lo cobijaron hasta que se quedó profundamente dormido.

Apenas habían pasado unos cuantos minutos cuando las punzadas regresaron. El ojo le palpitaba de manera estrepitosa, como si quisiera saltar para salirse de la cuenca. Andrés se sentía inquieto. La semilla de la preocupación había echado raíces en su corazón. Dio bastantes vueltas. Cayó rendido cuando a su famélico cuerpo se le acabaron las energías.

Un hormigueo subió por entre sus dedos. El dulce calor de fogón hogareño le cubrió la mano derecha. Reconoció la suavidad de aquella caricia. *¡Vamos, apúrate, que se nos va a hacer más tarde. ¡Ya tómate tu leche y tú pancito!* El infante levantó la mirada. Las pupilas del color de la tierra revoloteaban entre las aguas que se desprendían de sus ojos. *¡Güelita! ¡Güelitaaa! ¡Te he extrañado mucho! ¿Por qué te fuiste?*, preguntaba el pequeño ahogado en sollozos. *Tenía que irme, pero no te he olvidado. Siempre te cuido*, le respondió la anciana. Un rojo bermellón y el calor de la vergüenza maquillaron el rostro del niño. A su mente llegaron las escenas en las que Santi y su pandilla se habían burlado de él gritándole que no era hombre porque no jugaba al fútbol y porque prefería jugar con Aidé y sus muñecas. El corazón le pesó como si

fuera una enorme roca que lo hundía en el mar cuando recordó las tremendas palizas que le propinaron esos malditos escuincles. Se preguntaba si la abuelita lo veía cuando se ocultaba de su madre por miedo a que lo castigara por no defenderse o que la hiciera gastar el dinero que no tenían al visitar la desvencijada clínica.

¡Apúrate a desayunar que casi nos tenemos que ir!, lo instó la anciana. *¿A dónde iremos?*, preguntó Andrés, quien no deseaba salir de ahí, sólo quería quedarse con su abuela, jugando con las venas saltonas que decoraban las manos arrugadas de la viejecilla. *A un lugar muy divertido. ¡Ya no preguntes más y termina de comer.*

Cuando Andrés acabó, la abuela lo tomó de la mano y juntos salieron hacia los cerros del pueblo. Caminaron por la desolada carretera varios minutos. La abuela le dijo que habían llegado. Ante ellos se levantaba una puerta amplia. A Andrés le parecía conocida. Después de buscar en los archivos de su memoria, supo que era la puerta del camposanto. No había pisado ese lugar desde que se murió la abuela. Un escalofrío le sacudió la espalda y la nuca. No sabía la razón para estar en ese lugar. La abuela tiró de su mano para indicarle que irían adentro. Pasaron y, ante los ojos del niño, lo que estaba al interior de la tierra de los muertos no eran precisamente tumbas sino gente que iba y venía cantando porras.

Conforme avanzaban en su recorrido, la densa niebla se disipaba. La anciana se detuvo. Un deportivo con instalaciones

incipientes para dar la finta de ser un estadio pequeño apareció ante los ojos de los dos. *¡Llegamos!*, dijo en voz alta ella.

Entraron y buscaron un buen lugar cerca de la cancha. Ella ya no estaba para subir y bajar escaleras. Miles de voces coreaban porras y canciones de aliento que hacían eco en cada rincón: ¡Ay, ay, ay, ay, canta y no llores, porque cantando se alegran, cielito lindo, los corazones! Pasaron unos minutos y el grito del silbato retumbó en la tierra.

¡Arranca el partido en el Mictlán y las emociones se encienden como la mismísima cola del tlacuache! En la cancha de juego, los equipos ya se hacen presentes. El balón, baja, sale disparado. Un mal pase. El delantero tiene que hacer mejor trabajo. Los jugadores dan todo. ¡Cuidado con Rodríguez! El peligro acecha la cancha de los rivales. La sienten cerca. Rodríguez se prepara y suelta un cañonazo yyy... ¡golpea el travesaño! ¡La tenía en sus manos! Por un momento todos temimos por la vida de nuestro portero consentido, el Conejillo Pérez, ¿entendieron el chiste...? Les recordamos a nuestros aficionados que viven la pasión que nuestros héroes no están jugando con un balón cualquiera, sino uno hecho de la piel de los guerreros desollados, es duro, pesado y letal! Un impacto mal recibido terminaría con la vida de alguno de los jugadores, ¿entendieron el chis...?

El niño y la abuela se unieron al mar de gente que se desgañitaba de emoción. Para Andrés fue más que gritar o saltar. Recordó a su padre antes de su partida a La Gran Ciudad del Otro Lado para obtener más dinero que les pudiera dar una mejor calidad de vida. Los barcos de los recuerdos atracaron en el muelle de sus cuatro años, cuando él y su padre jugaban juntos en el llanero, sobre las canchas maltratadas de tierra seca y pasto quemado. Los sábados

por la tarde eran los mejores momentos para aquel niño de cuatro años. Compartir cada minuto con su padre lo hacía tan feliz que no le importaba si salía goleado. Su padre era su más grande jugador, su máximo héroe. En algún punto de su infancia eso se quebró y poco a poco la distancia entre ambos se fue ensanchando. Un día la pobreza se fue a vivir con ellos y el padre tuvo que dejar el hogar para ir en busca de otras oportunidades. Su mente se quedó estancada hasta que el árbitro marcó que el partido se iría a penales. El sonido desgarrador del silbato lo trajo de nuevo al juego. Observó al árbitro y vio que éste se acercaba a él. Andrés sintió el miedo viajando por su torrente.

Él sería quien tirara los penales del equipo de los Quauhquecholitos. ¿Cómo era posible?, se preguntaba Andrés. Miró a la abuela. Ella lo instó a armarse de valor para enfrentar la situación. El árbitro lo tomó del brazo y lo jaló para llevarlo al campo de batalla. El infante se resistió por un momento. Recordó a su padre y las palabras dulces de su abuelita. Con el corazón pendiendo de un hilo, aceptó.

Se paró frente a la portería. Inhaló profundamente. Se sentía inseguro y sus piernas lo demostraban en cada paso tambaleante. *Pum, pum; pum, pum*, vociferaba su corazón con fuerza. Sintió un hormiguero enardecido sobre sus gélidas manos. Un desierto en su boca. Las vendas le estorbaban pero no podía fallar. No quería fallar. Exhaló por la boca lento, como quien tiene toda la eternidad para hacerlo. Pateó el balón. *¡¡¡Gooooooooooooo!!!! ¡Gol del número diez!*

¡¡¡Goooooooooooool!!! ¡Gol, gol, gol! La afición gritaba y saltaba. La alegría abarrotó las gradas. Andrés no podía creerlo.

El partido se dio por terminado. El cielo se comenzó a encapotar con la noche. Una lluvia de estrellas iluminó dentro de las penumbras a la gente. La luz de los cuerpos celestiales era más fuerte que la del deteriorado alumbrado público. El silencio se arraigó en el deportivo. Del firmamento bajó Cihuacoatzintli, la Virgen de las Serpientes. Entre sus manos cargaba un *cuauhxicalli* que contenía un corazón. Ella entregaría la copa. Andrés quería correr pero su cuerpo no le respondía sólo sintió cómo, entre el frío del lugar, un riachuelo caliente le mojaba la entrepierna. *Té entrego el premio por ser un ganador tan valiente*, dijo la diosa mientras exprimía con la mano izquierda el corazón que contenía en el *cuauhxicalli*. Un líquido negro bañó la tierra. Ésta se abrió y, de entre las entrañas del suelo, brotó un balón. El árbitro corrió a recogerlo para dárselo al campeón.

¡Eres grande, Pescaíto!, gritó alguien de la afición cuando el árbitro estaba por entregarle el balón al niño. Andrés volteó desesperadamente buscando el lugar de donde salió la voz. Sólo su padre le llamaba de esa forma. Sus ojos iban de un lado a otro. En una de las esquinas superiores le pareció ver la cara de su viejo, de su padre. El árbitro lanzó el balón con fuerza contra la cara del menor.

Andrés se despertó de un golpe. Se incorporó. La venda se le cayó. Notó que estaba manchada de un líquido negro y espeso como el chapopote. Aún no salía de su sorpresa cuando vio que, al costado

de su cama, se encontraba el balón que observó en sus sueños. Era como mirar al vacío. Brillaba como la obsidiana de Tezcatlipoca.

Esa misma mañana salió sin desayunar. En su cabeza seguía el calor de su abuela y la voz de quien, le pareció, era su padre. Fue al llanero. Llevaba consigo el balón. Lo puso en el piso y un golpe de euforia lo devoró. Hizo decenas de dominadas, una tras otra. Lanzó cañonazos que entraban en la portería. Era un ave surcando el cielo con cada chilena que hacía.

El atardecer se estaba asomando con timidez cuando Santi llegó al llanero. *¡Oye, niñita! ¿Qué haces aquí? Este es mi territorio*, le advirtió a Andrés. *Té reto a un duelo de fútbol, ¿o será que le temes a una niñita?*, le respondió con la furia emanando de su mirada. Ambos decidieron que el desafío sería mediante penales. Se turnaron después de que la moneda en el aire le diera la oportunidad de iniciar a Santi. Andrés se paró en la portería. Uno a uno lanzaron su *tirititito*. Al final de los penales, el empate se hizo presente. *¡Muerte súbita!*, exclamó con rabia Santi. Era el turno de Andrés. Se paró frente al arquero y rezó: *Cihuacoatzintli, Virgencita de las Serpientes, ayúdame, échame una mano para ganarle*. Tiró un disparo. La pelota salió despedida por los aires. Una lluvia de cuchillos de obsidiana emergieron del balón cercenando la cabeza de Santi. Aquel mismo día, Andrés se quedó solito bajo la oscuridad de la noche. Las estrellas observaban en silencio cómo reparaba su balón. Cuando terminó de arreglarlo, se paró en el centro de la cancha y lo pateó con fuerza, la misma fuerza y valor que ahora le pertenecían. La pelota entró en la portería. ¡¡¡Goooooooooooool!!! La bola

rebotó en el pasto seco. Los ojos de Santi, que ahora eran dos decoraciones en la piel que forraba el tétrico balón, se movían en una melodía marcada por el terror. La victoria gritaba *jjjgoooooooooool!!!*



PAUSA DE HIDRATACIÓN

DELIRIO DE UN OCASO

Por Carlos F. Ortiz

Tenía el esférico ahí, en la pierna zurda, el arco a unos metros, el disparo fue potente, el balón atravesó la línea sin problema alguno, el grito de gol enmudeció en su garganta cuando vio el rostro de Manuel y de sus compañeros de equipo, que le mentaban la madre.



LA FIESTA DE LOS DIOSES

Por Roberto Carlos Garnica

“¿Se armó la rebambaramba!”

—Enrique, el Perro Bermúdez

Es mediodía y los tres soles del planeta Podarcis queman la cabeza de los asistentes al estadio. Es la final del universal de futbol. Se enfrentan los de casa, los homo podarcis (humanoides con cabeza de lagartija), contra los homo corvus (humanoides con cabeza de cuervo). Desde que se anunciaron los detalles, la opinión interplanetaria asegura que el partido está vendido, pues el horario ofrece claras ventajas a los cabeza-de-lagartija y el árbitro, un homo iguana, es también un squamata.

Un abuelo podarciano mira con ojos amorosos a su nieto, quien agita una gran bandera roja con una espada plateada en el centro, luego mira con milenario rencor las banderas negras tachonadas de estrellas que se agitan al otro lado del estadio.

Después de un minuto de silencio por los hermanos depredados, se escucha el silbatazo inicial y estalla el grito contenido de decenas de miles de bocas.

—Abuelito, ¿por qué les gusta tanto el futbol?, ¿por qué este partido es tan importante?

El anciano lo mira con ojos cristalinos, respira hondo y narra:

«Ocurrió hace mucho tiempo, cuando aún respiraban los dioses primigenios. El rey Gecko estaba furioso y pretendía decapitar a todos sus hermanos, pero su madre lo tomó del brazo y le pidió con firmeza “ve al bosque y pregunta a los árboles y a las piedras si tu deseo es justo”.

En su caminar tropezó con una calabaza redonda y la pateó concentrando su ira. La gran calabaza se estrelló contra un árbol y se hizo pedazos. El rey chilló apretando los puños “¡hasta los palos inmóviles se interponen en mi camino”. Miró alrededor y descubrió que cerca crecían muchas calabazas, arrancó una y la colocó en el mismo lugar donde se topó con la primera. Pateó con todas sus fuerzas y la nueva calabaza reventó contra un árbol que, en línea paralela, estaba a siete metros del primero. “¡Malditos dioses!”, blasfemó más enojado que nunca. Tomó otra calabaza y la colocó en el mismo lugar. Pateó aún con más fuerza y la calabaza cruzó exactamente en medio de los dos palos.

Mientras miraba cómo la bola se internaba en la oscuridad del bosque, nuestro rey experimentó una emoción indecible y su corazón

se liberó de todo odio. Regresó al castillo y enseñó lo que había aprendido a sus hermanos.

Con el paso del tiempo, el tiro entre los palos se fue modificando hasta convertirse en el juego que tanto amamos. En realidad, es más que un juego, es parte de nuestra historia, un ejemplo de cómo el amor fraternal puede superar cualquier obstáculo. ¡Todo el universo puede unirse con un balón!».

—Pero, abuelito. No parece que los jugadores sean amigos.

—Lo que pasa es que los corvus son perversos, son depredadores y asesinos, por eso tenemos que humillarlos en la cancha. ¡Tira, tira! ¡Agh! ¡Maldita sea!, la voló otra vez.

El pequeño podarcis padeció cada minuto del partido, sintió que había caído en la esfera eterna de los alaridos ensordecedores, el lugar de tormento al que van los fraticidas cuando mueren.

No eran sólo los graznidos, el retumbar de los tambores y el chirriar de las trompetas. No eran sólo los jalones, las patadas y los puñetazos a nivel de cancha. Era, sobre todo, la transformación de su abuelo: ya no estaba ahí el anciano tierno y sabio que le narraba historias frente al fuego, sino un energúmeno, un títere poseído por Gila, el demonio que se baña en sangre.

El partido estaba por concluir y ningún equipo había marcado. Una tensión brutal oprimía el estadio. El árbitro había anulado dos goles a los cabeza-de-cuervo. En cualquier momento sonaría el silbatazo final. El 10 de los cabeza-de-lagartija recibió el

balón y estaba sólo frente al portero. El juez de línea levantó el banderín señalando fuera de lugar, pero el árbitro central lo ignoró. El delantero, esperando que se marcara algo, se distrajo y un defensa aprovechó para barrerse, recuperar el esférico e iniciar un contragolpe. El árbitro silbó y todos creyeron que el encuentro había finalizado. Sin embargo, el cabeza-de-iguana corrió hacia la portería y, sancionando la barrida limpia, señaló el punto penal. El chillido furioso de los hinchas visitantes aterró a los de casa. El delantero exigió la pelota, el capitán de los contrarios la levantó y se dirigió hacia el solicitante con parsimonia. Todos en el estadio comprendieron que se encontraban en el ojo del huracán. El tirador recibió la bola, la acarició y mostró los dientes en una sonrisa socarrona. Entonces ocurrió algo inesperado: cuando el podarcis se agachó para acomodar el balón, su contrincante, con una velocidad vertiginosa, se inclinó también, abrió y cerró el pico y le cercenó la cabeza.

La sangre brotó como una fuente generosa.

El pecho de los podarcianos se inflamó con un coraje suicida.

En ese momento, el pequeño con cabeza de lagartija tuvo una revelación: el tiro entre los palos nació del perenne odio entre los hermanos y las palabras blasfemas de los reyes. Y lo último que vio fue a su abuelito arrebatarse la bandera, arrancar la tela, empuñar el asta como si fuera una lanza y saltar gozoso hacia la cancha.



SEGUNDO TIEMPO

TODOS LLEGAMOS

Por Rafael Alvazález

—Cerraron el zócalo desde Izazaga y Garibaldi está hasta la madre.

—¿Y en la Alameda?

—No pusieron pantallas esta vez.

—Vámonos al Ángel entonces.

—¿Desde aquí caminando? ¡Estás loco!

—En el metro.

—Está cerrado, güey.

“Goooooooooooooooooooool de México”, la frase se replicó en cada calle como rebotada por los muros. Y a su paso, resurgía el mantra: “España va a probar el chile nacional”.

—¡España va a probar el chile nacional!

—Güey, ya, no mames. ¿Dónde vamos a ver el partido? Por primera vez en la vida llegamos a la final y ni muerto pienso perdérmelo.

—En Santo Domingo.

—Tampoco hay paso.

—La Aguilita.

—Tampoco. Todo el centro al norte de aquí está cerrado.

—Pues vámanos a un bar.

—¿Neta, un bar? ¡No mames!

—Uy, ningún chile te embona...

—Te dije que debíamos pedir permiso para salir una hora antes.

—Buena, ya, ni modo. Mira, ya sé. Mi cuñado me dijo que iba a ver el partido enfrente de su jale, por San Antonio Abad, en uno de los puentecitos esos.

—¿La calzada elevada?

—Ándale, esa mamada.

—¿Allí hay pantallas?

—Sí, yo las he visto. Bueno, hay una, casi llegando a Pino Suárez; está chiquita, pero aguanta. No está lejos de aquí.

La pintura morada de más de una década era ya gris, cuando no óxido puro. Los escalones metálicos crujían, pero aún se sentían ligeramente firmes.

—¿Te acuerdas de cuando inauguraron estos puentes?

—¿En el mundial del 26? ¿Cómo olvidarlo? Jugamos el quinto partido por primera vez en mucho tiempo, pero nada más. Puras ilusiones. Pero esta, esta es la buena.

—¿Y si sí?

—¿Y si sí?

Ambos apuraron el paso. Arriba, en la calzada, los recibió un ajolote sin brillo ni la mitad de sus branquias. Las fuentes estaban

secas; el piso, agrietado; la poca iluminación provenía sobre todo de los puestos ambulantes a las orillas. Pero a los pocos metros de avanzar, una luz intensa los alumbró de frente.

—¡Allí es!

—¡Está igual de lleno!

—Pero desde aquí sí se ve. Ya no chilles y cotorrea, que para eso vinimos. ¡México!

Las trompetas corearon. Las palmas se elevaron. Un par de extraños ofrecían cervezas gratis a todos los que llegaban. El marcador ostentaba un glorioso 1-0, favor México. Todos celebraban, incluso los edificios sobre San Antonio Abad, iluminados con verde, blanco y rojo, festejaban la victoria nacional como una realidad anunciada. La gente no dejaba de llegar.

En el medio tiempo, el marcador aún favorecía a la selección tricolor. Al ritmo del mantra “¡España va a probar el chile nacional!” el puente comenzó a moverse.

—Güey, ¿sentiste eso?

—¡A huevo que sí, todos lo sentimos! ¡México!

Las trompetas corearon. Las palmas se elevaron. El puente se mecía. La gente no dejaba de llegar. El partido se retomó. A los diez minutos México anotó el segundo tanto.

—Güey, en serio, el puente se está moviendo.

—¡Sí, más fuerte!

—¿Qué?!

—¡Salta más fuerte! ¡Que se mueva! ¡México!

Las trompetas corearon. Las palmas se elevaron. El puente se mecía. Todos lo mecían. Y las risas ahogaban el quejido de las vigas. La gente no dejaba de llegar.

El marcador no se movió más. El silbatazo final sonó. Un último salto de celebración rindió al metal. La gente cayó, sonriente, extática, victoriosa, y no dejó de llegar.

CAMPEONES

Por Guadalupe *Pana* Rangel

—**Y**a vámonos, Maritza.

Era la quinta vez que Edmundo apuraba a su novia. Y ella, con las pocas ganas que tenía de acompañarlo, se tardaba más de lo acostumbrado en arreglarse.

—Si no te das prisa, me cae que hoy sí te dejo.

—Ya voy, Mundito. Antes me tenías mucha paciencia; pero desde que vivimos juntos ya casi me tratas como a esposa y eso que apenas empezamos —respondió Maritza, haciendo pucheros.

—No, gordita. Lo que pasa es que tenemos que apurarnos. El partido empezará dentro de dos horas y quiero ver cómo los mexicanos les partimos la madre a los ecuatorianos. Sabes que ni en sueños pudimos juntar para el boleto del partido en el estadio, pero yo quiero ir hoy al Ángel, para verlo en la pantalla gigante, junto a los cuates, ya quedamos de encontrarnos en Reforma y Chapultepec. Y me emociona porque hace mucho que no nos reunimos, apenas y les he platicado de ti. Además, sirve que te los presento.

Ante la idea de que Mundo ya hiciera oficial su relación, Maritza olvidó el mal presentimiento que tenía desde la noche anterior y muy sonriente se colgó de su brazo para dirigirse rumbo al lugar acordado.

Cuando salieron a la calle, vieron que cientos de automovilistas estaban parados y sin posibilidades de avanzar.

—Ni modo mi amor, tendremos que irnos caminando.

—¿Desde la Roma hasta el Ángel? —preguntó la chica, muy sorprendida.

—Claro, respondió Mundo, qué tanto es tantito. Y México lo vale.

Resignados, empezaron a caminar, casi a correr, porque ya era tarde y los amigos los esperaban.

Después de un buen rato, llegaron con la lengua de fuera, pero lograron encontrar a los muchachos y empezaron las presentaciones:

—Mira cariño, estos son Paco, Alan y Pecas, mis mejores amigos desde la secundaria. Y esta lindura es Sofi, la novia de Paco.

—Mucho gusto, pero vámonos acercando más hacia el Ángel, ya casi no se puede caminar con este gentío.

Tardaron un buen tiempo en llegar, hasta quedar casi frente a la pantalla.

Sofi apenas intentaba pasarles las cervezas que llevaba muy ocultas en su bolso, cuando el mundo se estremeció ¡goooooooooo! Gritaron a un mismo tiempo los locutores, todos los espectadores del estadio y los reunidos en el Ángel. Fue un grito que estremeció al país pues México anotaba su primer tanto.

A Maritza la conmovió toda la alegría y se animó tanto que empezó a tomar una y otra cerveza. Como no estaba acostumbrada a beber, se mareó, todo empezó a darle vueltas y apenas se dio cuenta de cuando México anotó el segundo gol.

Los gritos sólo aumentaron su ataranto y después de un rato de no entender qué pasaba, la gente empezó a empujarla, y aventarla lejos, se perdió, no encontraba a Edmundo, ni veía a sus amigos por ningún lado. Los cohetes la ensordecieron y la turba avanzó hasta subirse a la columna de la independencia desde donde arrojaban sobre los de abajo cervezas, agua, orines.

Estaba desesperada por no poder salir de ahí, sintió un último y gran empujón de la gente. Sus piernas no pudieron sostenerla y cayó. Todos seguían avanzando sobre ella, pisoteándola, sin darse cuenta de que estaba en el suelo.

Al día siguiente cuando despertó, se encontraba en una cama de hospital, totalmente adolorida, con una pierna enyesada y con Edmundo a su lado. En cuanto él se dio cuenta de que Maritza había despertado, la abrazó y lo primero que le dijo fue:

—Mi amor, ganamos dos a cero.

LOS GOLES DEL ATLÉTICO CASCARITAS

Por Josefina Fabregat

—¡Atención, vecinos del Barrio de la Luz! —grita con un megáfono Doña Mariquita—, vayan antes por las tortillas porque ¡faltan veinte días para que empiece la fiesta mundialista! ¡No me vayan a salir que se van a poner a hacer ese día el mole porque ese 11 de junio ¡se enfrentará México con nuestros amigos de Sudáfrica!

En las ventanas lucían banderas de distintos países y entre los cables colgaban banderines de colores. El Mundial estaba por llegar y hasta el aire parecía traer porras, tambores y sueños de campeonato.

En ese momento aparece un muchacho cargando una maleta. Viene de un lugar silencioso y elegante y se sorprende de ver una calle convertida en estadio.

Mientras todos corren a ver el partido, un balón sale disparado y cae justo a sus pies.

—¡Gol! ¡Tómala, Patas! ¡Directo donde las arañas tejen su nido y donde los nietos no alcanzan las galletas!

Cada tarde se escuchaba el grito antes de que el sol se pusiera el pijama. Doña Mariquita, la voz oficial del Barrio de la Luz, narraba los partidos desde una silla de plástico instalada frente a su casa como si estuviera en la cabina de un estadio.

Yo la veía desde la ventana.

Tenía diecisiete años y apenas unos meses antes había perdido a mi padre. De mi madre solo conservaba una libreta con recetas manchadas de mole y jitomate. Esperaba cumplir dieciocho años para cobrar el dinero que mi papá me había dejado y abrir un pequeño negocio de comida.

Mientras tanto, aprendía a vivir en un barrio donde todos sabían la vida de todos.

Desde que anunciaron la fiesta mundialista, el Barrio de la Luz se transformó. Los vecinos discutían alineaciones en las esquinas, los niños imitaban a los favoritos y hasta las señoras organizaban la botana para el día de los partidos.

—¡Ay, querido Rayo! ¡Mandó el balón a la azotea de doña Tere! ¡Le pegó con el periódico enrollado!

Los niños del Atlético Cascaritas corrían descalzos levantando polvo mientras los del equipo rival, los Tachones Rojos, llegaban con uniformes idénticos, bien planchaditos y el cabello acomodado con el “Moco de gorila”, aquel gel que uno de ellos descubrió en una tienda.

Lo único verdaderamente peligroso de los Tachones Rojos eran sus porristas.

—¡Chiquitibún a la bim bom bá! ¡Chiquitibún a la bim bom bá! ¡Chulas las muchachas...!

El griterío hacía ladrar más a los perros. Pero todos se divertían escuchando a Mariquita narrar los partidos del barrio.

Un día de tantos, el olor de mis enchiladas cruzó la calle.

Doña Mariquita apareció sin pedir permiso. Probó la salsa con una tortilla.

—Está buena... pero le falta una pizca de comino.

Yo pensé... qué metiche.

Ella regresó al día siguiente con un manojo de epazote.

Y al otro con un queso fresco.

Y al siguiente con una historia.

Me contó que su esposo había sido el mejor jugador que había pisado aquellas calles. Lo recordaba gambeteando charcos, burlando al rival y anotando goles con una pelota de trapo. Desde que el cáncer se lo llevó, ella narraba los partidos porque así sentía que seguía viendo correr al esposo detrás del balón y no se sentía tan sola.

Yo cocinaba.

Ella contaba.

Sin darnos cuenta, la tristeza empezó a quedarse sin lugar.

Cuando por fin recibí el dinero descubrí que no alcanzaba para el restaurante que había imaginado.

Me senté en la banqueta sin saber qué hacer. Irme a la del Valle con mis amigos, que solo buscaban lucirse y presumir, o quedarme en el Barrio de la Luz, donde había encontrado la verdadera amistad y donde había hecho verdaderos amigos.

Al día siguiente amaneció una mesa vieja frente a mi casa.

Después aparecieron cuatro sillas.

El taquero prestó un comal.

La señora de la papelería regaló un pizarrón.

Los niños pintaron un letrero con letras chuecas:

“Mariquita linda. Comida mexicana y fútbol.”

Nunca supimos quién inventó el nombre. Pero ahí estaban mis verdaderos amigos, los que no me pedían nada a cambio de nada.

Después de un mes, la inauguración coincidió con el mundial de fútbol.

El barrio entero se vistió de fiesta. Las pantallas apenas funcionaban, pero todos ayudaron a repararlas; unos llevaron extensiones, otras sillas y no faltó quien adornara el local con banderas y papel picado de los países participantes.

Doña Mariquita se puso de pie.

Respiró hondo.

Y comenzó a narrar nuestro último partido en la colonia de la Luz antes del mundial...

—¡Ay, querido Rayo! ¡Otra vez mandó el balón a la azotea de doña Tere!

Todos rieron.

—¡Atención! ¡Atlético Cascaritas ataca por la izquierda! ¡Los Tachones Rojos quieren intimidar con tanta peinada, pero el fútbol no se juega con Moco de Gorila!

Hasta las porristas dejaron de cantar para escucharla.

Las enchiladas salían una tras otra.

Los tacos desaparecían.

El mole y las tortillitas volaban.

Las risas llenaban el local.

Y por primera vez entendí que un barrio puede adoptar a un muchacho solo y una viuda puede volver a sonreír sin sentir que traiciona sus recuerdos.

Desde entonces, cada gol huele un poco a mole, a tortillas recién hechas y a esa extraña felicidad que solo aparece cuando alguien encuentra una familia donde nunca pensó buscarla. Y llegó el día del Mundial de fútbol, creo que medio Barrio de la Luz se encontraba en “Mariquita Linda”.

Había matracas, banderas, niños con la cara pintada y todos echando porras al equipo de México. Y lo recuerdas, ¿verdad?... Ganamos muchos partidos y yo, gané amigos y una nueva vida.

Y a lo lejos se escuchó el grito de Mariquita:

“¡Le pegó como quesadillera, bravo Mexico!”

PAUSA DE HIDRATACIÓN

MINUTO FINAL

Por Eduardo Honey

Mamá susurró, antes de morir paralizada, que me cuidara o acabaría como ella.

Como buen hincha no le hice caso. Era la mejor temporada de los Cuervos Errantes en un siglo. Desde el segundo triunfo, las farras empezaron los jueves y terminaban el lunes. Tras cada partido, nos dábamos gigantescos atracones parrilleros alrededor del estadio. Éramos el terror de cantinas en las cercanías.

Para los encuentros en provincia, asaltábamos los autobuses de la central camionera. Conduje uno toda la noche, bebiendo sin parar, rumbo a la casa de los Delfines Sumarios. Al llegar, me despedí de los cuates para vomitar a solas detrás del camión.

Me derrumbé tras un destello doloroso en la cabeza. Desperté completamente inmovilizado. Escucho el vocerío en el estadio mientras ocurre un partido frente a mi rostro. Un escarabajo pelotero esquivo hormigas y está por meter su bola de estiércol en mi boca entreabierta.

YO TAMBIÉN QUIERO SOÑAR

Por José Emanuel Lagunas

Como cada cuatro años, el planeta volvía a sumergirse en la fiebre mundialista. Las calles se llenaban de banderas, las tiendas agotaban las playeras de las selecciones y en oficinas, escuelas y restaurantes, la rutina se adaptaba al calendario de partidos. Durante un mes, el fútbol pareciera ser el centro del universo.

Ramiro siempre apoyaba a dos selecciones. La mexicana y otra, aquella que consideraba con verdaderas posibilidades de levantar la Copa del Mundo. Cuando alguien se lo cuestionaba, respondía que una cosa era el patriotismo y otra la realidad. Seguía cada partido de clasificación, analizaba convocatorias, discutía alineaciones y llegaba a la oficina con la camiseta verde en los encuentros importantes. Sin embargo, como ocurría en cada Mundial, terminaba guardándola antes del cuarto partido. No siempre fue así. De niño solo existía una selección para él. Estaba convencido de que algún día México sería campeón del mundo. Pero con el paso de los años las decepciones comenzaron a repetirse. Cada eliminación dejaba la sensación de que el sueño se alejaba un poco

más, hasta que encontró una forma de protegerse: dejó de esperar. Poco a poco se volvió un aficionado cínico. Antes de cada partido importante hablaba de estadísticas, diferencias de plantel y probabilidades. Convencía a todos, y sobre todo a sí mismo, de que México no tenía posibilidades. Si asumía la derrota desde antes, pensaba, el golpe sería menos doloroso. Por eso decidió ir al cine el día del partido contra Ecuador. Mientras el país entero estaba pendiente del encuentro, él prefirió encerrarse en una sala oscura. Se dijo que no valía la pena ilusionarse otra vez. Al salir, encendió el teléfono y descubrió que México había ganado. La noticia le provocó arrepentimiento. No se había perdido una derrota, sino una alegría. Mientras millones habían gritado los goles y celebrado juntos el pase a la siguiente ronda, él había permanecido sentado frente a una pantalla, convencido de que evitar la ilusión era mejor que sufrir. Cuando se confirmó el rival para los cuartos de final, el viejo Ramiro volvió a hacer cuentas. Comparó plantillas, repasó estadísticas y concluyó que México no tenía posibilidades. Todo indicaba que el Mundial terminaría ahí. Aun así, antes de que comenzara el partido, volvió a ponerse la playera de la selección. Por una vez decidió que no hablaría de probabilidades ni buscaría argumentos para justificar una posible derrota. Durante noventa minutos solo quería ser un aficionado más.

PINCHES MUNDIALES

Por Miguel A. García

“Era suya y la dejó ir”

—El Perro Bermúdez

A un lado de la nevera, el calendario 2026 señala que es miércoles 24 de junio y sientes una punzada en el estómago.

—Alexa, ¡”*Lo que son las cosas*” de Ednita Nazario!

— Lo siento, no entendí eso —contesta el artefacto desde una esquina del comedor.

—¡ChingadamadreAlexa! —Te tocas el vientre como aquel día y los recuerdos que creías superados te abruman.

Te acuerdas de la sonrisa socarrona de Alejandro cuando le preguntaste ¿por qué ya no me tocas? Y no te respondió nada, apretó sus labios y lo odiaste. Tus hermanas ya te habían dicho que te engañaba, pero no tuviste fuerza para reclamarle. Te escudaste en tus hijos que todavía estaban estudiando. Según tú, Ana y Alex no

merecían esa preocupación, no era justo para ellos que veían a su papá como héroe.

—Alexa, ¡”*Lo que son las cosas*” de Ednita Nazario!

— Lo siento, no entendí eso —contesta nuevamente el artefacto desde una esquina del comedor.

Te repites a ti misma: no debes pensar en eso, pero los recuerdos llegan como una gran ola negra imposible de detener.

Fue en una mañana del 2014, al despertar sentiste fuerzas para enfrentarlo. Alejandro comenzaba a vestirse para irse a trabajar. Le dijiste que ya sabías que tenía una amante. Él sin decir nada terminó de ponerse los calcetines, se levantó de la cama y buscó sus cigarros en el saco colgado del perchero.

—¿Quién te lo dijo?

—¡Eso no importa, Alejandro! ¡Desde hace mucho que lo sé! ¡Te odio!

Ale, como te gustaba decirle, agarró el encendedor y llevó el cigarro Baronet a sus labios. Las lágrimas no te impidieron ver con claridad el color amarillo de los pelos de su bigote, sus labios gruesos sujetando el tabaco y el sonido metálico del encendedor. Por un momento recordaste que sus hábitos de gente de mundo fueron de las primeras cosas que te cautivaron.

—¡Maldito!

La mirada de Ale salía por la ventana, expulsó el humo con lentitud; así lo hacía cuando estaba estresado. Del buró tomó el cenicero, el que decía Italia 90 con letras blancas. Tú se lo compraste a las afueras del Estadio Giuseppe Meazza en Milán. Jamás pensaste que en el partido Italia vs. Checoslovaquia te pediría que fueras su esposa. Sí, dijiste.

—¡Te odio!

Te dejaste caer en la cama, sentiste que las rodillas te temblaban. Abrazaste tu almohada. Sumiste la cara y gritaste. Sentías una mezcla de pena, frustración y asco. Alejandro abrió la ventana, sabía que últimamente te molestaba que fumara en la recámara.

—No sé qué decirte. No me siento orgulloso de esto y...

—¡Lárgate!

Oíste que dejó el cenicero sobre el buró. Lo escuchaste caminar. Sabías perfectamente la rutina. Aún con los ojos cerrados podías adivinar cada uno de sus movimientos. ¿Por qué, si lo conocías tanto, no detectaste su infidelidad? Ale tomó la loción del buró y ejecutó cuatro disparos. La habitación se inundó de ese aroma que te encantaba mezclado con cigarro. Ahora se está poniendo los zapatos —pensaste—, de tu pecho escapan los espasmos que te produce el sollozo de tristeza. Lo escuchas ponerse el saco y caminar hacia la puerta.

Cierra.

Gritas nuevamente y lloras con más fuerza. Pataleas. No lo vi venir, te repites como un mantra y aprietas la almohada a tu rostro. Qué estúpida soy, piensas. Te levantas. Quieres correr tras él y pedirle perdón, pero ¿perdón de qué? Las lágrimas bajan por tus mejillas. Piensas que te debes ver horrible y por primera vez te preguntas si ella será bonita.

Después de unos segundos sales de la habitación. Por suerte tus hijos no están, a esta hora deben estar en la universidad. Te acuerdas que Ana Paula te dijo que hoy no tendrían clases porque verían el partido de México en la cafetería del campus. Supones que Alex estará en lo mismo.

Pinches Mundiales —piensas.

Bajas las escaleras y te acercas a la ventana de la sala, desde ahí ves a Ale entrar en el auto. Ya abrió el zaguán. Se coloca los lentes oscuros y pone otro cigarro en su boca. Acomoda el espejo retrovisor. Antes de retroceder enciende el radio y prende el cigarrillo. Por las bocinas del auto, escuchas la voz de Ednita Nazario. Al mismo tiempo que expulsa la bocanada de humo apaga el sonido y avanza hacia atrás. Siempre te pareció chistoso como se veía su cuello cuando hace esa maniobra. Cada día se le cuelga un poco más la papada —piensas.

Caminas al librero.

Escuchas como cierra el zaguán y después el ruido del motor del auto que se aleja. Enciendes la tornamesa y buscas el disco Corazón

de la cantante boricua. Las lágrimas vuelven a brotar porque recuerdas que te lo regalaron tus hijos en un 10 de mayo, obvio, con dinero de Ale.

La aguja del tocadiscos reproduce *Quién te robó el corazón*, primer tema del LP. Fue ahí donde sentiste por primera vez ese terrible dolor en el vientre.

El recuerdo del dolor te regresa al 2026. Por encima de tu ropa acaricias la textura de la cicatriz que transformó tu ombligo. Siempre te ha parecido como una segunda cesárea. Distinta. Vertical. Horrible. Malditos divertículos, pero más maldito tú, pinche Alejandro —piensas.

—Alexa, ¡”Lo que son las cosas” de Ednita Nazario!

— Lo siento, no entendí eso.

Caminas al comedor, tomas la bocina de Alexa que también es regalo de tus hijos y la estrellas con todas tus fuerzas contra el piso. El golpe le produce una grieta apenas perceptible. En ese momento escuchas que los vecinos gritan ¡GOL! Y alguien hace sonar una corneta. Las voces de lo que parece una multitud se funden en un mismo coro gritando, ¡México, México!

Pinches Mundiales —piensas.

ENCUENTROS

Por Eduardo Honey

Suena el pitazo final y contemplo el asiento vacío que debías ocupar. ¿Han pasado sesenta años de esa primera vez? Mi familia compró un palco en el estadio recién construido. Todos éramos hinchas del Oro así que acudíamos cada domingo de la temporada.

Esa vez, cuando me di cuenta de tu curiosa mirada, eras una niña de cabello negro en coleta que portaba la playera de los Azules, nuestros eternos rivales. Igual vestía tu familia que, siendo del bando contrario, charlaban, cantaban y daban vítores en una extraña conversación con la mía, palco a palco. En cuanto te saludé, te sonrojaste y te deslizaste a tu asiento.

Nos encontramos en la siguiente temporada. Esta vez me dijiste hola y yo fui el que se avergonzó. No te presté atención y así transcurrió nuestra niñez. Cada año nos veíamos de una a tres veces según el calendario deportivo. Seis fue el máximo número de encuentros: jornada regular, una final, dos partidos por la Copa, y dos en un intercontinental de clubes.

Ambos teníamos veinte años. Había visto cómo te transformabas de niña en adolescente y luego en una hermosa joven. Por fin pasamos del hola y charlábamos los minutos previos al partido, el medio tiempo y al final. Así supe que estabas en la universidad, que también tu familia compró el palco para los torneos Azules y que envidiabas al Oro por tener más campeonatos.

Durante la siguiente década acudías, en ocasiones, con el novio en turno al ritual familiar. No duraban más de un partido. Tuve alguna relación pasajera, pero ninguna fue tan importante como para invitarla al estadio. Al estar tú, no me concebía acompañado.

Algo más de diez años después acudiste con la misma persona de coleta y barba durante una temporada y finales en que tuvimos cuatro encuentros. Tardé en notar tu argolla de matrimonio. Luego de tres torneos malos para ambos equipos, nació tu primer bebé, una linda niña que me presentaste al medio tiempo. Dos copas después fue un varoncito. Durante un lustro fui testigo de cómo crecían tus hijos mientras el silencio y la distancia aumentaban con tu pareja.

Ambos con canas, llegó tu divorcio y la custodia compartida al desaparecer tu acompañante y, de vez en cuando, uno o ambos niños no acudían contigo al estadio. Con el tiempo, me tocó darte el pésame al ver los moños negros, primero por tu mamá y un campeonato Azul después, por tu papá.

Me enteraste cuando tus hijos partieron a la universidad y a la vida. En cada partido seguían nuestros holas y pláticas. Orgulloso, como tú, contemplé la llegada de los nietos.

No gocé cuando Oro fue campeón al aparecer el moño negro en tu lugar. Lloré varios torneos.

Con resignación, hoy que los Azules por fin superaron en campeonatos al Oro, me pregunto si, más que hacer del estadio un momento de nuestras vidas, debí atreverme a que nuestras vidas fueran un estadio lleno de triunfos tomándonos de la mano.

